

# LAS PRIMERAS ALUSIONES AL DESCUBRIMIENTO EN LA POESÍA LATINA DE SEVILLA

JOAQUÍN PASCUAL  
Universidad de Cádiz

Aunque el tema del Descubrimiento y Conquista del Nuevo Mundo no mereció un tratamiento poético digno hasta finales del quinientos<sup>1</sup>, ya en el primer tercio del siglo XVI produjo algunos ecos y alusiones en la poesía latina de Sevilla. Estas parcas referencias que trabajosamente hemos espigado, si no aportan ninguna noticia importante a los abundantes documentos e historias conservados, constituyen cuando menos una peculiar interpretación y tratamiento del acontecimiento, y reflejan además el modo y medida en que impactó en el ambiente cultural de su época.

Primeramente hemos detectado la presencia implícita del Nuevo Mundo en las *Poesías* del principal opositor a la cosmografía colombina, Rodrigo de Santaella (1444-1509), así como en las de Antonio Carrión, editadas en el mismo libro. Absolutamente explícitas, en cambio, son ya las referencias a esas tierras en los poemas de Pedro Mártir de Anghiera (1457-1526), impresos en 1511 también en Sevilla; en los *Epigrammata* del Licenciado sevillano Pedro Núñez Delgado (1478-1535), y en los versos escritos en los arcos que adornaron la ciudad con motivo del recibimiento al emperador Carlos en sus bodas. Futuras investigaciones han de revelar nuevas alusiones que enriquecerán la interpretación provisional que aquí ofrecemos de los datos estudiados.

1. Cf. J. GIL "La épica latina quinientista y el Descubrimiento de América", *Anuario de Estudios Americanos* XL (1983), pp. 203-251. De las obras de Juan Gil relativas al Descubrimiento procede la mayor parte de los datos históricos y claves de interpretación de este trabajo, que constantemente ha sacado provecho de la vívida descripción del entorno ideológico y cultural de la época que nuestro maestro ha dibujado en sus páginas. En su aplicación a los poemas latinos de Sevilla nos ha servido de modelo y continua fuente de ideas el sugestivo artículo de J. M. MAESTRE sobre "Sobrarias y el Descubrimiento" que figura en este mismo volumen.

En época de Isabel, la escasez de poemas latinos sobre el tema se debe ante todo al carácter fundamentalmente religioso y didáctico de esta poesía, así como a la falta tanto de una versión clara y unánime de los acontecimientos, como de personajes reconocidos socialmente como héroes, cuyas gestas reclamaran ser cantadas en la lengua del Lacio. No obstante, cuando los poetas tratan un tema cualquiera, el gran interés por la identidad y riquezas de los pueblos recién descubiertos trae en ocasiones a sus versos los nombres de los lugares extremos de la geografía antigua que podían guardar alguna relación con las nuevas tierras, incluso en el caso de una persona tan poco interesada en celebrar el Descubrimiento como Santaella. Es bien sabido que el rechazo rotundo de la junta de matemáticos y cosmógrafos de la corte lusa al fabuloso proyecto colombino de llegar por Occidente a las tierras de la especiería, fue seguido por el de la comisión real de expertos castellanos dirigida por Hernando de Talavera y Rodrigo Maldonado, de la que no se conocen otros nombres<sup>2</sup>. Uno de ellos bien pudo haber sido el de Santaella, confesor de la reina como Talavera, con quien le unía además una admirable conformidad ideológica, religiosa y política. Es igualmente posible que nuestro humanista hubiera impugnado el proyecto de Colón en Sevilla, o bien cuando el marino importunaba a la soberana durante el cerco de Málaga, ciudad en la que, una vez conquistada, obtuvo aquél de los reyes la canonjía magistral. Fuera como fuese, una vez que el tesón del genovés logró que fuera ordenada su expedición, y que, desafiando la opinión de los sabios, volvió con supuestas pruebas de haber alcanzado la India, llegando a escribir al Papa sobre los lugares bíblicos próximos al Paraíso que pretendía haber visitado, Santaella se sintió obligado a desmentirlo públicamente, lo que hizo de forma razonada y virulenta en la *Cosmografía* que añadió en 1503 a su traducción del *Libro de Marco Polo*<sup>3</sup>. No obstante, el Almirante se empeñó en su error mientras vivió, y el arcediano por su parte le negó al Descubrimiento la consideración que merecía, obcecados ambos por una controversia que había dejado de ser la cuestión fundamental ante las magnas consecuencias del errado viaje. Colón fue perdiendo por ello las riendas del negocio indiano, y Santaella el interés por el asunto, dedicando el escaso tiempo de ocio que le dejaban su profesión y las gestiones para la fundación de un Colegio, a ultimar la edición de sus *Poesías* a la Virgen, que vieron la luz en enero de 1504<sup>4</sup>.

2. Cf. E. JOS, *El plan y la génesis del descubrimiento colombino*, Cuadernos Colombinos 9, Valladolid, 1979, pp.52-53; R. RUIZ DE LIRA, *Colón, el Caribe y las Antillas*, Madrid, 1978, pp.41-42; Ch. VERLINDEN y F. PÉREZ, *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*, Madrid, 1967, pp.36-42.

3. Sobre esta controversia véase la interpretación de J. GIL en su "Introducción" a *El libro de Marco Polo*, Madrid, 1987, pp.xxvi-xxviii y *Estudio de Marco Polo*, Testimonio, Tabula Americae, 1986; y en *Mitos y utopías del Renacimiento. I. Colón y su tiempo*, Madrid, 1989, pp.169-172.

4. Cf. MAESE RODRIGO DE SANTAELLA y ANTONIO CARRIÓN, *Poesías* (Sevilla, 1504), Universidades de Sevilla y Cádiz, Sevilla, 1991. A este trabajo mío remito en adelante para todo lo concerniente a estos poemas y sus autores.

Si la Virgen siempre había sido estrella y guía de los hombres de mar, este patronazgo había de despertar ahora aun mayor devoción, debido a los peligros que entrañaba surcar el inmenso Océano, entre terribles tempestades, rumbo a ignotas tierras llenas de fabulosos tesoros y monstruos espeluznantes. No podían faltar por tanto en los poemas de Santaella las menciones al favor que la Virgen María presta a los navegantes; antes bien se repiten de forma machacona, debido sin duda a la segura atención que cualquier alusión náutica provocaría por entonces entre sus lectores:

Ducitur ad portum uentis iactatus et alto  
 Lumine nauta tuo, stella serena maris.  
 Si uenti, pluuiæ, si fulgura saeua minantur,  
 Consule te nobis sunt nocitura nihil.  
 Si furor immanis nos contra, Virgo, ferarum  
 Saeuiet, audito nomine mitis erit. (I,15-20)

“El marinero, zarandeado por los vientos y el mar,  
 es guiado a puerto por tu luz, estrella serena del mar.  
 Si nos amenazan vientos, lluvias o crueles relámpagos,  
 bajo tu guarda no hay nada que nos pueda dañar.  
 Si contra nosotros se ensañase, Virgen, la furia inhumana  
 de las fieras, se amansará al oír tu nombre.”

Illa procelloso depellit nubila coelo  
 Et uehit ad portum praeuia stella rates.  
 Nullus in hoc pelago sine numine Virginis huius  
 Denique tutus erit nec puto saluus erit. (II,17-20)

“Ella aleja las nubes del cielo borrascoso  
 y conduce, como estrella guía, las naves a puerto.  
 Sin el divino poder de esta Virgen, ninguno en este piélago  
 estará a la postre, según creo, seguro y a salvo.”

...qua consule portum  
 Contigit optatum naufraga quaeque ratis. (V,27-28)

“...bajo cuya guarda  
 alcanzó el puerto ansiado todo náufrago navío.”

Tuque uocata mari succurris, coelica, terris  
 Reddis praesidium numinis, alma, tui.  
 Ipsa fretum mulces, depellis nubila, uentos,  
 Summersas pelago subripis atque rates.  
 Tu facis in terris, uasto aequore plurima signa,  
 Vestro tuta manet numine terra, salum. (VII,67-72)

“Al ser invocada socorres en el mar, celestial; en la tierra  
 otorgas el amparo, gloriosa, de tu divino poder.  
 Tú apaciguas el mar encrespado, alejas las nubes y vientos  
 y rescatas las naves hundidas en el piélago.  
 Tú haces muchos milagros en la tierra y en el mar inmenso;  
 con tu poder divino permanece segura la tierra y el mar.”

Estas imágenes marinas aparecen además en otros lugares con un sentido más amplio o metafórico (cf. VI,19-20; VII,18). Si bien algunos de estos poemas pudieron haber sido compuestos años atrás, tanto la composición inicial, que alude a la portada del libro con la imagen de la Virgen dando de mamar a su Hijo, como la que, completando la perfecta estructura anular de la obra, remata sus poemas, debieron de ser escritas poco antes de su impresión. En esta última composición, el poeta da gracias a la Virgen porque

Tu me Tyrrheno duxisti ex aequore saluum,  
 Atque iterum Oceano, Virgo Maria, mari.  
 Vltima terrarum me Thyle aut Orchas haberet,  
 Me nisi seruasses, Virgo Maria, tibi. (*laus* 5-8)

“Del mar Tirreno me sacaste tú ileso,  
 y otra vez, Virgen María, del mar Océano.  
 La más remota de las tierras, Tule, u Órcade me retendría  
 si no me hubieras guardado, Virgen María, para ti.”

Santaella había navegado ciertamente por el mar Tirreno o Mediterráneo; nada sabemos sin embargo de sus viajes por el Océano fuera del Golfo de Cádiz, por lo que esta alusión podría estar relacionada asimismo con las nuevas tierras. Y no es que Santaella relacionara etimológicamente *Thyle* y ‘Antilia’<sup>5</sup>, pues en su *Cosmografía* sostiene que el primitivo nombre de ‘Antilla’ pudo surgir “por corrompimiento de vulgo, diziendo de ‘Antiindia’, que quiere dezir ‘contra India’”, lo que constituía un argumento más contra el genovés. Nuestro sabio doctor sabía que lo mismo *Thyle* que las islas *Orcades* se localizaban en la Antigüedad en el extremo noroccidental de Europa<sup>6</sup>, identificadas comúnmente con Islandia y las Orkneys, si bien los poetas habían usado frecuentemente el cliché virgiliano (*georg.*1,30) *ultima Thyle* para referirse sin más a las

5. Relación que parece implícita en la forma *Anthyilia* del cosmógrafo y poeta Fracastoro en su poema *Syphylis* de 1530 (en H. HARRISSE, *Bibliotheca Americana Vetustissima*, reimpr. C. SANZ, Madrid, 1958 *Additions*, p.101).

6. Isidoro menciona *Thyle* y las islas *Orcades* en un pasaje (*Etym.*XIV,6) que Santaella conoce, pues en su *Cosmografía* cita las palabras siguientes del santo sobre la isla india de Tile. Sería infundado por tanto pretender corregir esta inusitada forma singular con velar aspirada *Orchas* en *Orcus*, por más que el verso VII,49 de Delgado presente también la grafía aspirada *Orchus* en idéntica secuencia.

tierras del fin del mundo, ¿qué lector de la época no vincularía este nombre a las islas recién descubiertas? Colón mismo contaba a los reyes cómo en 1477 había navegado cien leguas más allá de Tule, aunque sólo creyó cumplida la profecía de Séneca (*Med.*7,375-379) de que “un nuevo marinero, como aquel que fue guía de Jasón, que obo nombre Típhi, descubrirá nuevo mundo y entonces non será la isla Tille la postrera de las tierras”<sup>7</sup>, cuando en 1492 desembarcó en la Española. Esta interpretación, rápidamente difundida, pudo haber llegado a oídos de Santaella tras la publicación de su *Cosmografía*, en la que refutaba indignado la pretensión colombina de haber realizado una profecía de Isaías<sup>8</sup>. Bien pudo haber sido consecuencia de un nuevo sulfuramiento ante este otro desvarío profético del genovés el que aprovechara la próxima impresión de sus *Poesías* para seguir situando a Tule en el fin del mundo, lo que habría molestado sobremanera al Almirante, si no fuera porque a la sazón se encontraba en el curso de su cuarto y último viaje, sufriendo calamidades mucho más preocupantes que las indirectas que pudiera seguir lanzándole el dichoso arcediano. La acción de gracias a la Virgen por guardarlo de Tule reflejaría además su más íntima satisfacción por verse al fin alejado del asunto ultramarino, en tanto su rival se hallaba justamente retenido y desamparado en la remota isla de Jamaica.

El Almirante guardó por todo ello un eterno rencor al maestre y a todas las “personas que an impugnado y impugnan tan excelente empresa, y impiden y impidieron porque no vaya adelante”, como afirma en la relación de su tercer viaje. Este rencor se lo transmitió a su hijo Hernando, quien replicó a su vez al “maestro Rodrigo arcediano de Reina de Sevilla y algunos seguidores suyos”, tomándolo como máximo responsable y cabeza visible de esta oposición, probablemente por el eco que aún tenía la *Cosmografía* del *Libro de Marco Polo*. Y es que la irrefutable argumentación de Santaella siguió siendo utilizada entre otros por Juan López de Palacios hacia 1515 en su tratado *De las islas del mar Océano*<sup>9</sup>; por Pedro Margallo en su *Phisices compendium* (Salamanca, 1520)<sup>10</sup>, y por Caspar de Barros para escribir *De Orphyrice regione*<sup>11</sup>. Ello explica que *El libro de Marco Polo* volviera a ser impreso en 1518 y 1529 en Sevilla y Logroño, ya que seguía habiendo incertidumbre sobre la identidad de las tierras descubiertas, y quien aún pensaba que se encontraban en Asia<sup>12</sup>, lo

7. Cf. C. COLÓN, *Textos y documentos completos. Prólogo y notas de Consuelo Varela*, Alianza, Madrid, 1982, pp.167 y 287.

8. Cf. J. GIL, *Mitos y utopías del Renacimiento. I*, p.170.

9. Hemos manejado la edición de S. ZAVALA y A. MILLARES en Biblioteca Americana (México, 1954), pp.7-8.

10. Cf. J. GIL, *Mitos y utopías del Renacimiento. I*, p.172.

11. Cf. H. HARRISSE, *Biblioth. Americ. Vet., Additions*, p.99.

12. Cf. J. GIL, “Humanismo y Cosmografía”, *Actas del I Simposio de Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico* (Alcañiz, 8-11 de mayo de 1990), Cádiz, 1992.

que había sido refutado con claridad primeramente en la obra de Santaella, quien ya barruntó la existencia de un Nuevo Mundo<sup>13</sup>.

No es más nítido el reflejo de los viajes a Indias en los poemas del maestro de latín Antonio Carrión, quien parece hacerse eco de la fiebre de oro que se había extendido esos años por Sevilla. En uno de ellos le dice a la Virgen que es

Purior argento, ter cocto purior auro  
Candidior cigno lucidiorque uitro,  
Non splendent electra magis nitidique lapilli  
Quos in Erythraeo littore pontus alit. (*in laud.* 11-14)

Más pura que la plata, más pura que el oro por tres veces cocido  
más blanca que el cisne y más luminosa que el vidrio;  
no resplandece más el ámbar ni las piedrecitas brillantes  
que en las costas produce el mar Rojo".

Estas alusiones al oro, plata, ámbar y a las codiciadas perlas del mar Rojo, que antiguamente comprendía también el Golfo Pérsico, sin duda traían a la mente del lector de aquellos años las nuevas islas de Occidente, en las que Colón pretendía haber hallado Ofir, de donde, "a través del Golfo Pérsico, traía el rey de Jerusalén Salomón los ingentes tesoros de los que se habla en el Antiguo Testamento"<sup>14</sup>. Era claro por tanto que las naves españolas podían estar surcando aguas del mar Rojo, y que, como creía Guillermo Coma, las islas que visitaban bien podían pertenecer a Arabia<sup>15</sup>. Además, el oro, electro y ámbar que Colón había traído a los reyes y, sobre todo, las noticias de los primeros hallazgos importantes de oro, daban alas a estos relatos<sup>16</sup>. El uso de un tiempo presente (*alit*) prueba desde luego que los versos de Carrión, más allá de la mera referencia erudita, aluden a un hecho actual y presente.

Lo mismo podemos decir de la paráfrasis en verso que hace del episodio bíblico de la adoración de los magos, quienes viajaron a Jerusalén a llevar al Niño oro, incienso y mirra de sus tierras del remoto Oriente. Al igual que los nombres de los magos y otros datos apócrifos aceptados por la tradición, era igualmente doctrina común que el incienso que trajo Melchor, como cuenta el *Libro de Marco Polo*, provenía de Saba. A Saba quiso llegar desde un principio

13. Cf. F. M. ROGERS, "Valentim Fernandes, Rodrigo de Santaella, and the recognition of the Antilles as 'opposite-India'", *B. da Sociedade de Geografia de Lisboa* 75 (1957), p. 295.

14. Según PEDRO MÁRTIR, esto decía Colón de la Española (cf. *Cartas de particulares a Colón y Relaciones coetáneas. Edición de Juan Gil y Consuelo Varela*, Alianza Universidad, Madrid, 1984, p.84). Sobre el arraigo en las capas populares de tales creencias véase J. GIL, *Mitos y utopías*, p.226.

15. Cf. *Cartas de particulares*, p.198; J. GIL, *Mitos*, p.72.

16. Cf. J. GIL, *Mitos*, pp.174-175; "Las cuentas de Cristóbal Colón", *Anuario de Estudios Americanos* XLI (1984), p. 39.

Colón, de quien cuenta su acompañante Miguel de Cuneo que, “antes de arribar a la isla grande, nos dijo estas palabras: ‘Señores míos, os quiero conducir a un lugar de donde partió uno de los tres magos que vinieron a adorar a Cristo, lugar que se llama Saba’<sup>17</sup>. También persuadió de ello a Coma, quien en su *Relación*, impresa en 1497, “cree que se trata de los Sabeos que tienen incienso”<sup>18</sup>. Para todos cuantos conocían tales relatos, la referencia a Saba del poema de Carrión adquiriría evidentemente una nueva significación relativa al presente que sobrepasaba la simple función de ornato poético.

Aunque para conocer la visión del Descubrimiento del humanista Pedro Mártir, hayamos de leer ante todo su obra histórica, no dejan de resultar interesantes las alusiones al Nuevo Mundo que, como era de esperar, aparecen entre sus *Poemata*, editados por Lebrija en Sevilla en 1511. En *Pluto furens*, compuesto con carácter de profecía *a posteriori*, podría referirse a los indios (v.101) ese “otro pueblo incierto sin ley” (*aliud sine lege genus*) que, en las costas adyacentes al Océano, se precipitaba en masa a las fauces de Cerbero antes del descubrimiento, y a sus tierras debían de dirigirse los demonios que van (v.147) “a las diversas regiones donde acaba la luz del día” (*Atque alii varias extremi luminis oras*), temerosos de los reyes que “conocerán regiones y costas desconocidas y ricas” (*Ignotas ditesque plagas et littora noscent*), verso 312 que ya refiere al nuevo orbe Alfonso Ordóñez en la edición que hizo de estos *Poemata* (Valencia, 1520). En otro poema nos presenta a la reina llegando a España enviada por Dios desde el cielo y realizando las profecías del Antiguo Testamento, alusión propia del ambiente ideológico de la época muy distinta del uso propagandístico que hace Colón de las profecías:

O regina toga et bello miranda uirago  
 Consilio diuum missa tonante polo,  
 Quae uatum Antiquae Legis sancta omnia firmans...

En el poema *Janus* (vv.156-7) menciona el descubrimiento de “comarcas desconocidas, el mundo escondido de los antípodas y las regiones opuestas al trópico de Cáncer”, en unos versos que merecieron una amplia glosa sobre el hallazgo por Colón de las innumerables islas auríferas del mar Océano desconocidas hasta entonces por los geógrafos, las especias traídas por los portugueses de las tierras al sur del trópico de Capricornio, la distinta sucesión de las estaciones en estas tierras, la sinécdoque en *orbe*, etc.:

Ignotosque etiam tractus orbemque latentem  
 Antipodum, et tropico reperit contraria Cancri.

17. Cf. *Cartas de particulares a Colón*, pp.259-260.

18. Cf. J. GIL, *Mitos*, p.72; *Cartas*, pp.199-200.

Sus versos “sobre las ilustres hazañas de los Reyes Católicos Fernando e Isabel, por encargo de Iñigo López de Mendoza, conde de Tendilla”, refieren de nuevo cómo éstos dirigieron su vista a un mar desconocido y a tierras ocultas, y cómo van las naves hispanas a las Antípodas, surcando con remos la zona tórrida:

...ad ignotum pelagus terrasque latentes  
 Direxere oculos. Hispanis classibus itur  
 Itur ad Antipodes, teritur plaga torrida remis.

El *Panegyricum carmen de gestis heroicis diui Ferdinandi* de Juan Sobrarias, impreso sólo unas semanas después, recoge igualmente los conceptos de ‘mar desconocido’ (*aequoris ignoti*) y ‘antípodas’ (*antipodas*), debido posiblemente a la vinculación de ambos a la Corte, en la que los logros de un autor al cantar a los reyes en un acto público pasaban a formar parte del acervo común de motivos y expresiones poéticas. La ambigua y confusa designación de antípodas, que Pedro Mártir emplea en cuatro poemas, responde a la extendida concepción de un globo terráqueo de reducidas dimensiones que propugnó Colón<sup>19</sup>. Aunque él la cuestiona en su *Oceanea Decas*, parece aceptarla implícitamente en estos versos, que son glosados de acuerdo al sentido literal de ‘antípoda’, admitiendo que el genovés hubiera navegado más allá de la línea equinoccial. El término tenía a su favor el hallarse atestiguado en poemas de la Antigüedad tardía.

Por otra parte, la designación geográfica de zona *torrida*, término empleado por Virgilio (*georg.*1,234), se emplea aquí referida únicamente al nuevo continente<sup>20</sup>. Fue imitada *cum variatione* poética por Ordóñez, en el elogio a Pedro Mártir que remata la referida edición valenciana (vv.15-18):

Abdita combustae monstras habitacula gentis  
 Alterius uarias detegis orbis opes  
 Nota facis terrae cunctis noua regna marisque  
 Quae ueterum nullis tacta fuere libris.

“Muestras las poblaciones ocultas del pueblo abrasado  
 y descubres las diversas riquezas del otro mundo.  
 Das a conocer a todos los nuevos reinos de la tierra y el mar  
 que no fueron tocados en ningún libro de los antiguos.”

19. Cf. J. GIL, *Mitos*, p.72; C. Colón, *Textos*, pp.217-218. Pedro Mártir repite el verso *Itur ad Antipodes, teritur plaga torrida remis* y la secuencia *orbemque latentem Antipodum* en una versión más corta del poema en alabanza de los reyes y en otro poema para el edificio vallisoletano.

20. Al menos Pedro Mártir sí llegó a conocer que “en las montañas de la zona tórrida cae y dura la nieve”, según escribe en 1516 en una adición a la primera edición en 1511 de su *Decas* (cf. *Cartas de particulares a Colón*, p.99).

En el principal de una serie de poemas destinados al edificio de la chancillería de Valladolid, escribe Pedro Mártir que los reyes "recorrieron las tierras ocultas del mar Océano" (*Qui maris Oc[cle]ani terras triuere latentes*). Aunque designa de forma clara e inequívoca las tierras halladas por Colón, se trata sin embargo de una alusión demasiado genérica, propia de la incertidumbre geográfica de aquellos años y conforme, por lo demás, con el nombre de *Oceanea Decas* que dio a su narración del Descubrimiento, más tarde intitulada *de orbe novo*. En esta obra sin embargo no duda en utilizar, cuando la ocasión lo requiere, nombres indígenas o españoles levemente latinizados, como *Antilia*, *Hispaniola*, *Jamayca*, *Cuba* o *Guadalupea*. Y no es sólo que el relato histórico exija una mayor precisión y claridad; es también que la poesía latina renacentista es siempre más reacia que la prosa a aceptar neologismos, a los que además hay que asignar una escansión determinada para adaptarlos al antiguo ritmo cuantitativo. La exclusión de sus versos del término común de *India* obedece sin duda a la discrepancia con Colón sobre la identidad de las tierras en cuestión.

Algo posteriores son las referencias poéticas al Nuevo Mundo de Pedro Núñez Delgado, alumno y discípulo de Antonio de Lebrija, compañero a su vez de Santaella en el Colegio de Bolonia. Delgado conoció los poemas de estos dos y de Pedro Mártir, pues aprovecha expresiones de todos ellos en sus *Epigrammata* (Sevilla, 1537), editados póstumamente y glosados por Cristóbal Núñez<sup>21</sup>. Probablemente con motivo de la muerte en 1516 del rey católico, Delgado escribió un epitafio en el que cuenta entre las gestas regias el que alcanzara otro mundo con sus nobles naves doblegando el mar Océano, así como que estaba empeñado en convertir al cristianismo el resto del mundo que da culto a dioses extraños, para que árabes, persas e indios sirvieran a Cristo, y todos tuvieran un camino seguro a Jerusalén:

Atque alium nactus generosis nauibus orbem,  
 Oc[cle]anum docui uincla ferre salum.  
 Addere certus eram Christo quod restat in orbe  
 Quodue peregrinos subcolit usque deos,  
 Vt Christo seruiret Arabs, et Parthus, et Indus  
 Et Solymos tutum mundus haberet iter. (XIII,11-16)

Aunque el poeta, como hizo también Sobrarias por las razones que explica el Profesor Maestre, únicamente pone en boca del difunto monarca la motivación religiosa del Descubrimiento, y no su *auri sacra fames*, lo que por lo demás habría resultado poco apropiado en un epitafio, el escoliasta se siente

21. En todas nuestras referencias a esta obra nos hemos servido de la excelente edición, traducción y estudio de FRANCISCO VERA en su Tesis Doctoral, leída en la Universidad de Cádiz en 1990, y que ya hace tiempo reclama la bien merecida gracia de la imprenta. Sobre Delgado y los poetas latinos de Sevilla hablo en mi "Aproximación a la poesía latina del Renacimiento en Sevilla", *Excerpta Philologica Antonio Holgado Sacra 1.2* (Cádiz, 1991), pp.567-599.

obligado a explicarnos que se trata de "las naves españolas en busca de oro y otras muchas cosas". Por otra parte, la alusión a las cadenas del Océano, aunque en expresiones distintas, trae a la memoria los ya mencionados versos de Séneca: *uenient annis / saecula seris quibus oceanus / uincula rerum laxet et ingens / pateat tellus...* Frente a las confusas designaciones de Pedro Mártir, Delgado (*alius orbis*) y, más tarde, Ordóñez (*alter orbis*) utilizan ya en sus versos la expresión inequívoca de 'otro mundo', primero referida al territorio sudamericano al haber sido identificado por Colón con la Tapróbana (Ceilán), y que, como *Mundus Novus* o *America*, muy pronto designó a todo el continente occidental. La más usual entonces en mapas y títulos de libros de *Novus Orbis* también aparece en el primer dístico del epitafio que compuso en Sevilla para su propio sepulcro Hernando Colón, muerto en 1539:

Aspice quid prodest totum sudasse per orbem  
Atque orbem patris ter peragrasse novum

"Mira qué aprovecha haber sudado por todo el mundo  
Y haber surcado por tres veces el Nuevo Orbe de mi padre."<sup>22</sup>

El 31 de enero de 1521 imprimió Delgado en Alcalá una *Expositio threnorum* de Jeremías, rematada por un poema a la Cruz (que encabezaría luego sus *Epigrammata*), en cuyo verso decimotercero, al hablar del oro, no puede dejar de mencionar entre paréntesis que en esos días lo estaban produciendo las minas de las Indias (*quem nunc gerit India*). Añade el glosista que *India* es "región productora de oro", tal vez para justificar lo que un crítico quisquilloso podría achacar a confusión geográfica del poeta, que con este nombre alude evidentemente al Nuevo Mundo. Vuelve a mencionar Delgado a los indios en otro verso (*epig.* XXVI,19), en el que desea al poeta amigo suyo Franco Leardo que se lleven su tos a los tostados indios (*nigros feratur ad Indos*), lo que, a pesar de la referencia clásica (Ovidio, *ars* 1,53), y del color de piel menos oscuro de los habitantes del Nuevo Mundo, sin duda constituye otra alusión contemporánea a las nuevas tierras más que a la India asiática. Así pues, Delgado adopta ya en sus versos los términos de *India* e *Indos* que, a pesar de todo, logró imponer Colón a esas tierras, y que, al igual que los vates de la Antigüedad designaron con ellos el pueblo de Asia, nuestros poetas latinos de ambas costas del Océano usaron preferentemente desde entonces para referirse al Nuevo Mundo. Incluso en una misma composición, como en el poema *Baetis urbs* que en 1618 dedicó Rodrigo Caro a Utrera<sup>23</sup>, lo hallamos referido tanto a los antiguos indios de Oriente que domoñó el dios Baco (v.112), como

22. Edición y traducción de J. GIL, en C. VARELA, "La obra poética de Hernando Colón", *Anuario de estudios americanos* XL (1983), pp.185-201.

23. Cf. J. PASCUAL, *Poesías e inscripciones latinas de Rodrigo Caro*. Tesis Doctorales en Microficha, nº 32. Universidad de Sevilla, 1990, Microfichas 3 y 4.

a los indios de Occidente a los que el pueblo natal del poeta exportaba vino (v.131).

En un epigrama y un dístico (XII y XIIIb) sobre la leyenda PLVS VLTRA que el emperador tomó en sus enseñas<sup>24</sup>, explica Delgado que a éste reservó el Destino el extender su dominio más allá de las columnas que Hércules, sin fuerzas para el resto, colocó a modo de señal en la costa de Poniente<sup>25</sup>, tras haber doblegado pueblos, naciones y ciudades y vencido monstruos ceñudos, con lo que Carlos sobrepuja al Alcida:

Perdomuit populos, gentes pacauit et urbes  
 Alcides, superans monstra seuera manu.  
 Et posuit signum geminas ex arte columnas  
 Littus ad occiduam, caetera non ualuit.  
 At Caesar plus ultra ualet, plus ultra tenebit,  
 Sollicitat cuius fama serena polos.  
 Huic uni Alcidae cedent qui multa tulerunt;  
 Nomine, fortunis non erat unus enim.

#### DISTICHON

Hactenus Alcides potuit, nam caetera Parcae  
 Seruarunt Caroli Caesaris usque diem.

Así pues, si Fernando había sido comparado con Hércules, no por sus hazañas personales sino por su condición de rey del pueblo que las realizó<sup>26</sup>, por las mismas se había de aplicar esta caracterización al nuevo monarca, que adoptó oficialmente el mote, fruto de un sobrepujamiento literario, en su escudo de armas.

No se alude sin embargo a este lema, conocido ya hasta por las portadas de libros, entre las inscripciones y epigramas latinos que, con motivo del "recibimiento solemne que la ciudad de Sevilla hizo al Emperador Carlos V y a

24. Cf. M. C. BARRIGÓN, "La mitología de Hércules en la plástica del Renacimiento burgalés", *Veleia N.S.1* (Vitoria 1984), pp. 320-21, quien refiere cómo el mote de 'Plus Ultra' fue añadido a la empresa del emperador por el obispo de Túy, Luis Morliani, y cita además a E. ROSENTHAL, "The invention of the columnar device of emperor Charles V at the court of Burgundy in Flandes in 1516", *Journal* (1973), pp. 198-230.

25. Cádiz según el escoliasta, a partir de los comentarios de Fernán Núñez a Juan de Mena, conforme con la tradición literaria (véase el referido artículo de José M<sup>a</sup> Maestre).

26. De la misma manera, la comparación con Alejandro Magno, que también se aplicó, junto a la de Hércules y César, al Almirante, y que era válida para el autor de cualquier hazaña memorable, ahora se entiende propia ante todo del monarca español. Así, Cristóbal Núñez, en un esolio al epigrama XXIX de Delgado en el que éste compara a fray Baptista Mantuano con Alejandro, como hizo también más tarde con el obispo de Valva, Cristóbal de los Ríos (*epig.*XX,115), nos recuerda la generalizada identificación de Alejandro con el rey Fernando. Véase J. GIL, "Alejandro, el nudo gordiano y Fernando el Católico", *Habis* XVI (1985), pp. 229-242.

la Emperatriz su mujer, en once de marzo" de 1526, se escribieron en los "siete arcos triunfales de grandísima costa y arte repartidos en los lugares más públicos"<sup>27</sup>. La presencia más clara del Nuevo Mundo corresponde al arco de la Fortuna, en que estaban "pintadas diversas gentes, españoles, italianos, alemanes, flamencos, indios, y otros muchos, que dezían: *Vincit, regnat, imperat.*" Además, la conmoción causada por la llegada a Sevilla unos años antes de las naves que, por vez primera, habían circunnavegado el orbe, renovó las aspiraciones de una monarquía universal que el anterior monarca había dejado incumplidas<sup>28</sup>, y que se sienten ya alcanzadas en los versos latinos escritos bajo el globo que pisa el emperador en el arco de la Prudencia, que comienzan del tenor de *Carole, quod mundo imperitas*, y, sobre todo, en el dístico del globo que está también a los pies del emperador en el arco de la Fortuna:

Maximus in toto regnat nunc Carolus orbe,  
Atque illi merito machina tota subest.

Ello hace presagiar incluso la inminente llegada de una nueva Edad de Oro, que es descrita en el arco de la Paz:

Ergo erit ut taurum cum tygride iungat aratro  
Pastor et innocuo nubat ut agna lupo.  
Proelia dediscat miles, pax omnia passim  
Occupet, et terras incolet alma suas.  
Omnia debemus tibi, pacatissime Caesar,  
Cuius ab aspectu pax sine labe fluit.

En conclusión, en los poemas latinos de Sevilla durante el primer tercio del siglo XVI, el Descubrimiento se nos presenta más como una serie de audaces viajes emprendidos por la corona española para conseguir oro y mercaderías, y extender el Evangelio y los confines del Imperio, que como la hazaña individual de un héroe que pudiera haber sugerido un tratamiento épico. A finales del siglo, poetas italianos pudieron encontrar un buen motivo para cantar en versos heroicos la gesta del Almirante, ya que así enaltecían a un tiempo a su patria. Los humanistas de estos tiempos no vieron sin embargo en estos hechos argumento digno o apropiado para un tratamiento poético de mayor envergadura, ni siquiera Pedro Mártir, que conocía los sucesos de boca de su amigo y compatriota Cristóbal Colón, y que compuso varios epilios latinos celebrando ilustres hazañas. Por otra parte, en este olvido hacia la figura de Colón, que no es mencionado siquiera, debió de influir no poco el descrédito de éste ante los

27. Cf. P. DE SANDOVAL, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V* (Pamplona, 1634), pp. 731-735.

28. J. GIL trata ampliamente esta idea en *Mitos y utopías*, t.I, y en "Alejandro, el nudo gordiano y Fernando...".

reyes, así como los pleitos que promovieron sus hijos para reclamar los títulos y derechos sobre el Nuevo Mundo, cuyo descubrimiento llegó a disputársele al Almirante<sup>29</sup>: enaltecer con versos latinos la gloria del extranjero habría significado atentar contra los intereses de la corona y de la propia patria.

Los términos geográficos empleados en estos retazos poéticos responden a las sucesivas concepciones de cada época y autor sobre las tierras halladas, reflejando así el proceso mismo del Descubrimiento, que tiene lugar de un modo lento y progresivo a lo largo de varios decenios<sup>30</sup>. Hasta los primeros años del nuevo siglo las islas se identifican con regiones apartadas de la geografía antigua, como revelan las alusiones a Tule, Saba y el mar Rojo en los poemas de Santaella y Carrión. Los versos de Pedro Mártir ilustran una etapa caracterizada por la inseguridad geográfica y la conciencia de hallarse ante unas tierras desconocidas, a las que aplica el poeta confusas designaciones, como 'tierras del Océano', 'antípodas' o 'zona tórrida'. A la muerte del rey Fernando, Delgado emplea en poesía la más clara expresión 'otro mundo', y en 1521 adopta por fin el término común de 'India' para referirse a las auríferas tierras de Occidente, haciéndose eco asimismo de los sueños de un imperio universal. Los poetas latinos del Renacimiento no sólo recurrieron en sus versos a términos y expresiones de los autores clásicos para designar la nueva realidad geográfica, sino que incluso moldearon los acontecimientos y sus protagonistas tomando como punto de referencia episodios y personajes similares de la literatura antigua, plasmando así una imagen literaria que impregnó a su vez la propia visión histórica de los acontecimientos<sup>31</sup>. A medida que avanzó la conquista de aquellos pueblos, y se extendió también entre ellos el cultivo de la poesía latina, ésta fue cediendo al impulso de los neologismos, produciéndose un fecundo y curioso mestizaje. Pero esto ya es otra historia.

29. Cf. J. GIL, "El libro greco-latino y su influjo en Indias", *Homenaje a Enrique Segura Covarsí, Bernardo Muñoz Sánchez y Ricardo Puente Broncano* (Badajoz, 1986), p. 63.

30. Cf. J. GIL, *Mitos y utopías del Renacimiento. I*, p. 183.

31. Cf. J. GIL, en *Cartas*, p.35; y "El libro...", pp. 95-107.